

La corrupción española atraviesa el Estrecho

JAVIER VALENZUELA

Periodista y escritor. *Limonos negros*, su undécimo libro y segunda novela, vuelve a ser un *noir* situado en Tánger y protagonizado por Sepúlveda, profesor del Instituto Cervantes.

TÁNGER, OTOÑO DE 2015. EL PROFESOR SEPÚLVEDA CONOCE A LA CAPITANA LOLA MARTÍN, DE LA GUARDIA CIVIL, QUE SIGUE EN LA CIUDAD MARROQUÍ EL RASTRO DE LOS NEGOCIOS SUCIOS DE ARTURO BIESCAS, PRESIDENTE DE BANKMADRID. UNA MUJER FATAL Y UN PAR DE CADÁVERES NO TARDARÁN EN ENTRAR EN ESCENA. EN LIMONES NEGROS, PUBLICADA POR ANANTES ESTE MES DE ABRIL, JAVIER VALENZUELA ABORDA EL TEMA DE LA CORRUPCIÓN ESPAÑOLA. TINTALIBRE OFRECE UN CAPÍTULO.

i Has oído hablar del caso BankMadrid?

—Algo he oído. Mi hija Julia me ha puesto al corriente por WhatsApp. Esos cabrones desplumaron a muchos clientes vendiéndoles no sé qué acciones preferentes que eran más falsas que el beso de Judas. A continuación, también nos han desplumado a todos los contribuyentes haciéndonos pagar los miles de millones de euros que faltan en sus cuentas. Es algo así, ¿no?

—Es un buen resumen, sí. Y esa, Sepúlveda, es la razón de mi presencia en esta ciudad.

Me recliné en la silla, incliné la cabeza hacia la derecha y miré a Lola Martín con el ceño fruncido.

—No acabo de entenderlo —terminé diciendo. —¿Qué es lo que no entiendes?

—No entiendo qué tiene que ver la Guardia Civil con un escándalo financiero como el de BankMadrid. Siempre he creído que lo vuestro son los robagallinas, los contrabandistas y los enemigos de la sagrada unidad de España.

—Y lo son. —Una sonrisa irónica afloró en sus finos labios—. Pero también investigamos muchos de los casos de estafa, blanqueo de capitales, corrupción política y fraude fiscal que se están descubriendo estos años. No sigues los periódicos y los telediarios españoles, ¿verdad?

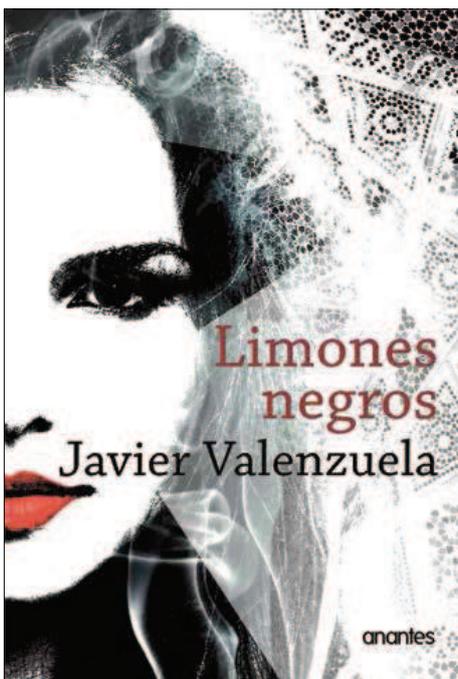
—Ni los españoles ni los marroquíes. Jamás me han interesado. Me he enterado, por supuesto, de la basura política y empresarial que se está desenterrando en España, pero no podía imaginarme que de esto también se ocupara la Guardia Civil. Suponía que, en todo caso, lo hacían los de Hacienda.

Volvió a sonreír, ahora abiertamente.

—¿Y qué suponías que estaba haciendo yo en Tánger?

—No lo sé, Lola. Quizá trabajando en algo relacionado con el hachís o la inmigración clandestina. O quizá buscando la pista de unos yihadistas.

—Pues no. Mi especialidad desde que regresé de Haití son los delitos financie-



“No tenía la menor idea de que la Benemérita tuviera sus propios Intocables de Eliot Ness. ¿Tú trabajas ahí?”, pregunta Sepúlveda

ros y fiscales. Trabajo en ese campo en la UCO.

—¿La qué?

—La Unidad Central Operativa de la Guardia Civil. Me dijiste que habías leído una novela de Lorenzo Silva sobre Bevilacqua y Chamorro... —Asentí—. Pues Bevilacqua y Chamorro son de la UCO. Es un grupo de investigadores que actúa a las órdenes de los jueces en casos de delincuencia económica y crimen organizado. Tiene su base en Madrid.

—No tenía la menor idea de que la Benemérita tuviera sus propios Intocables de Eliot Ness. ¿Tú trabajas ahí?

—Si le quitas la parte de guasa, sí, trabajo ahí.

Necesitaba comer algo: la carencia de nicotina me producía un vacío en el estómago. Me levanté y le dije que iba a la cocina a repostar. ¿Quería algo ella? ¿Otro refresco? ¿Algo para picar? Tenía fruta de temporada en el frigorífico: el sábado había comprado uvas, manzanas, higos, mandarinas y un par de granadas. Contestó que tomaría unas uvas y, si tenía, otra Oulmès.

C hispas se hizo el encontradizo conmigo en la cocina. Su cuenco de pienso estaba tan vacío como la superficie de la luna y se lo rellené. Dejé al puñetero gato contemplando con displicencia su cena y saqué del frigorífico las bebidas y un racimo de uvas. Lo lavé en el fregadero, lo puse en un plato limpio, coloqué todo en una bandeja, le añadí un cuenco con un buen puñado de aceitunas negras y regresé al salón.

Ella estaba tecleando en la pantalla de su móvil. Terminó de hacerlo mientras yo colocaba

la bandeja en una mesita auxiliar.

—Acabo de enviarle un mensaje de buenas noches a mi hijo.

—¿Tiene móvil?

—Todavía no, aunque no tardará mucho. Le envió los mensajes al de su abuela para que ella se los enseñe. —Tomó el racimo de uvas, desgranó una y se la >>>

» llevó a la boca. La mordisqueó y dijo—: Riquísima. Muy dulce.

—Aquí todavía tienen una fruta buenísima. Sospecho que no tardarán demasiado en hacerla toda de plástico, como la de los invernaderos de Almería. Lo malo se contagia con mucha facilidad. Seguro que lo sabes bien por tu trabajo.

—Y que lo digas. Y te añadiré algo más que he aprendido en mi trabajo de los últimos años: lo que se contagia más fácilmente es la pasión por el dinero. El dinero, Sepúlveda, es una droga. Cuanto más se tiene, más se quiere.

—Sirvan de ejemplo los directivos de BankMadrid.

—Exacto. —Comió otra uva, rescató del bolso el pañuelo de celulosa que había empleado anteriormente, lo usó para limpiarse los dedos, lo arrugó y lo dejó sobre la mesita auxiliar—. A partir de ahora, todo lo que te diga es confidencial, ¿vale? —Asentí—. En el momento en que te sientas incómodo, me lo dices, lo dejamos y nos olvidamos de todo.

—De acuerdo, me parece una buena fórmula. Empieza por el principio.

—El caso BankMadrid es muy complejo —dijo—. Está dividido en tres sumarios que llevan otros tantos jueces de la Audiencia Nacional. Uno de ellos, para el que yo trabajo, se ocupa de los asuntos personales de Arturo Biescas. Sabes quién es, ¿no?

—Sí, Julia me envió por WhatsApp la foto de su detención. ¿Estabas tú ahí?

—Podría haber estado, Sepúlveda. Podría haber sido uno de los enmascarados que salían de su casa con un ordenador bajo el brazo y un chaleco fluorescente donde ponía UCO. Pero entonces yo ya estaba aquí, ¿no lo recuerdas?

—Sí, claro, ya estabas aquí. —Tomé una aceituna, la deshuesé con los dientes, retiré el hueso con la mano, lo puse sobre la bandeja y tragué la pulpa—. ¿Y qué más?

—Como quizá también sepas, Biescas pasó dos noches en la prisión de Soto del Real y salió de allí tras pagar una fianza de un millón de euros. Pero sigue siendo investigado por al menos seis presuntos delitos. Falsedad documental, apropiación indebida, administración desleal, blanqueo de capitales,

alzamiento de bienes y fraude fiscal. Ni más ni menos. Tenemos indicios razonables de que, además de la gestión calamitosa que llevó a la ruina a BankMadrid, Biescas se llevó a su propio bolsillo de modo fraudulento bastantes millones de euros de la entidad. Puede que un total de sesenta millones.

—Las matemáticas no son mi fuerte, ¿a cuántos años de salario equivale esa cifra?

—Si tu salario es bueno, podrías ahorrar esa cantidad trabajando unos mil años y, ojo, no gastando ni un céntimo en una barra de pan. Biescas se la embolsó en sus cinco primeros años en la presidencia de BankMadrid. Como un extra, que conste. Porque, insisto, lo que estamos investigando es el dinero del banco que pudo desviar ilegalmente a sus cuentas personales. Aparte de eso, Biescas ya tenía su buen sueldo, sus bonus y dividendos, todos sus gastos pagados con una tarjeta *black*, un Mercedes con chófer uniformado, el avión privado del banco para llevarlo de safari a África...

Callé, apabullado por tales datos. Cuando los pensamientos comenzaron a circular de nuevo por mi cabeza, compartí con Lola el más pertinaz de ellos:

—¿Quién dijo que el crimen no es rentable? Pasar dos noches entre rejas y depositar una fianza de un millón es poco precio a cambio de una fortuna semejante.

—Si el caso estuviera cerrado, sí, pero no lo está, Sepúlveda. Seguimos acumulando pruebas para sentar a Biescas en el banquillo. El juez y nosotros estamos tan indignados con este saqueo como puedas estarlo tú.

—Me alegra escucharlo, Lola. Sigamos entonces con tu fórmula. ¿Qué tiene que ver Tánger con este caso? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Hasta ahora no te he contado nada que no hubieras podido leer en algún periódico que no sea propiedad de BankMadrid o algún otro banco. Seguro que ese digital en el que trabaja tu hija lo ha sacado. En cambio, lo de

Tánger no ha salido todavía en ningún medio. No lo tenemos mínimamente amarrado.

—Me tienes sobre ascuas.

—Te diré primero que uno de los métodos habituales empleados por Biescas para hacerse con esa fortuna personal consistía en encargar ilusorios estudios a empresas también fantasmales. Por ejemplo, BankMadrid pagaba un millón de euros por un informe sobre las ventajas y los inconvenientes de Miami como centro de actividades financieras. O, ya puestos, sobre el porvenir de la industria turística de Croacia. En muchos casos, ni tan siquiera se disimulaba presentando un texto banal copiado de Internet. Ese millón iba a parar a la cuenta de la empresa fantasma y aquí paz y después gloria. ¿Y dónde estaban esas cuentas? En Luxemburgo, Panamá o Delaware. ¿Y de quién eran propiedad? De amigos, testaferros o alias del mismo Biescas.

—O sea, el dinero se movía como el pañuelo de un prestidigitador de fiesta infantil.

—Exacto, nuevamente. Te cuento otros trucos y pasamos al grano. Biescas, por ejemplo, encargaba una campaña de publicidad de BankMadrid a la empresa de un amiguete. Este facturaba el triple de su coste real y el sobrepago se lo repartían entre los dos. Y lo mismo podía hacerse con las obras de reforma de las sedes del banco. Así iban saliendo grandes cantidades hacia las cuentas ubicadas en paraísos fiscales. Y ahí es donde empiezan nuestras dificultades.

—Niños, ¿dónde está el pañuelo?

—Más o menos. Una cuenta puede estar en Luxemburgo a nombre de una empresa llamada, digamos, Global Prosperity Services...

—Bonito alias —la interrumpí—. Está claro que a los nuevos ricos les gustan mucho los apodosos en inglés.

—Mucho, en efecto; les hacen sentirse modernos. Pues bien, damos con Global Prosperity Services y constatamos que no tiene oficinas físicas, ni trabajadores de ningún tipo, ni tan siquiera página web. Es solo una breve entrada en

el registro comercial de Luxemburgo, sin las identidades de los accionistas o los directivos. En el mejor de los casos, encontramos la dirección de un bufete local de abogados especializado en asuntos de empresa. Como ya tenemos los colmillos retorcidos, sabemos de inmediato que Global Prosperity Services es el clásico instrumento usado por alguien interesado en mover dinero de forma anónima. Una tapadera, una firma fantasma, una sociedad pantalla o, como dicen los franceses, *une coquille vide*.

—Y os ponéis a seguirle el rastro.

—Nos ponemos a seguirle el rastro, quemándonos las pestañas en Internet, solicitando datos a las autoridades de Luxemburgo y hasta yendo allí a hablar con el bufete de abogados. Todo por lo legal, con los mandamientos correspondientes de nuestro juez de la Audiencia Nacional y las comisiones rogatorias internacionales que sean precisas. Y entonces aparece un débil parpadeo en nuestros radares: descubrimos que Global Prosperity Services ha hecho una transferencia importante a otra empresa tapadera situada en Gibraltar. Y allí damos con otro abogado, mister Joshua Sacks, letrado en ejercicio, asesor fiscal y director de uno de los muchos bufetes del Peñón especializados en inventarse sociedades fantasmas que camuflen al verdadero propietario del dinero. Mister Sacks está dispuesto a sufrir el peor de los martirios para mantener la confidencialidad de sus clientes: ese es su fondo de comercio. Por ahí no hay nada que rascar. Pero entonces el radar vuelve a parpadear: la tapadera de Gibraltar ha transferido veinticinco millones de euros a una cuenta en Tánger...

—Y el juez de la Audiencia Nacional te envía a Tánger.

Quedó en silencio y con los ojos entrecerrados, como sopesando sus opciones. Luego los abrió y dijo:

—Me envía después de que las autoridades judiciales marroquíes hayan dado luz verde a la comisión rogatoria. ¿Seguimos? ◆



Una panorámica de la ciudad de Tánger, donde transcurre la novela *Limonos negros*.